

Don Quijote de la Mancha

AÑO II

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Núm. 77

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 28 DE MARZO DE 1903.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

Anuncios y comunicados á precios convencionales

El profesorado y sus emolumentos

Entre las noticias y consideraciones que se han lanzado al viento con motivo de no contener novedades de importancia el Presupuesto de Instrucción pública elaborado para el próximo ejercicio, descuellan aquellas que se refieren al sueldo verdaderamente mísero que disfrutaban algunos maestros de intrucción primaria.

Hay muchas escuelas en España donde el maestro tiene un sueldo que no pasa de 100 pesetas. Algunas hay donde este sueldo es aun menor, viniendo á representar un haber de 20 ó 25 céntimos diarios.

Se explica, por tanto que el maestro que viva en estas condiciones, tenga que apelar á mil recursos para subsistir, incluso dedicarse á los trabajos mecánicos más humildes, contribuyendo tanta miseria y servidumbre á privarle de la satisfacción interior que es precisa para el cumplimiento de sus deberes.

En España se han ocupado mucho las clases gobernantes de dar importancia á las Universidades y á los Institutos de segunda enseñanza, cuando debieran haber consagrado preferente atención á los estudios técnicos y á la educación primaria.

Desgraciadamente se ha dejado misión tan importante en el mayor abandono, ofreciendo, sobre todo, la instrucción primaria deficiencias que sacan los colores al rostro, porque no hay el número de escuelas necesarias; porque se deja á los chicos vagar en bandas por las calles, cuando debieran estar recogidos, y porque se entrega, en bastantes casos, la enseñanza á profesores dotados con mezquino sueldo y con poca idoneidad para sus funciones.

Muchos de los males que padecemos proceden en verdad de influencias de raza y de la apatía de los malos gobiernos; pero los más transcendentales proceden de la ignorancia.

Un pueblo atrasado por falta de instrucción, no está en condiciones de luchar en la vida moderna.

Tiene que ir á la zaga de los demás países y ser una dificultad, además, para la marcha ordenada

de la sociedad de que forma parte.

Deberemos, pues, convencernos todos de que solo hay verdadero progreso en la instrucción, en la disciplina y en el amor al trabajo.

EL BUITRE

POR EDGAR A. POE.

Era una noche lóbrega, yo débil y cansado,
Más de un libro olvidado
Leía en soledad;
Y mientras cabeceaba sentí medio dormido,
Un ligero ruido,
De mi puerta al umbral.
Ah! bien me acuerdo que era en el Diciembre
La lumbre el hogar mío (frío;
Bañaba apenas ya.
En los libros consuelo buscaba yo, abatido,
Por un amor perdido
Para siempre jamás!
Las crugientes cortinas de pavor me llenaban,
Y mi alma embargaban
Terror y ansiedad;
Resuelto al fin el ánimo, abrí con mano cierta,
De par en par la puerta...
Vi sombras, nada más.
Mis ojos se fijaron en la tiniebla densa:
Tranquilidad inmensa
Parecíame reinar.
¡Leonora! exclamé al punto con apagado acento,
Y oi ¡Leonora! al viento
Lloroso murmurar.
Volví mi estancia luego de horror estremecido,
Y más recio ruido
Imaginé escuchar.
El golpe en la ventana creí esta vez que era...
«Acaso es, me decía,
El viento nada más.»
Abrí el postigo: un buitre en mi mansión de-
Entró junto á la puerta (sierta
Le ví revolotear;
Y allí cerró después las negras y anchas alas,
Sobre un busto de Palas,
Que en la pared está.
Entonces sobreime con el aspecto grave
Y adusto de aquel ave,
Présaga de hondo mal;
Y exclamé: «En el abismo de las eternas som-
Dime, ¿cómo te nombras?» (bras,
El dije: «¡Nunca más!»
Sorprendíeme la frase, pero el buitre posado
Sobre el mármol helado,
Mantúvose tenaz;
«Si huyeron los placeres y la amistad es vana,
Huirás, clamé, mañana!»
Y el dije «¡Nunca más!»
Un sitial arrastrando, libre el alma de susto,
Frente al ave y al busto
Fuíme luego á sentar,
Pensando en la doncella, luz de mi noche um-
A quien no volvería (bria,
A ver ya nunca más!
Al buitre contemplando, sentí con mil latidos
Sus ojos encendidos
Mis entrañas quemar:
Y sobre el terciopelo me incliné blandamente
Do Leonora su frente
Descansó tiempo atrás.
Entonces parecíome que el aire era más denso,
Y que en nube de incienso
Pasaba ángel fugaz.
Y pregunté: «En la tierra, ¿no hay para mí?
Y dijo en són de duelo (consuelo?»
El buitre: «¡Nunca más!»

«Si pájaro ó profeta eres y aquí te lanza
Amor sin esperanza,
O rudo vendaval:
«Ah! dime, ¿cómo puedo en esta triste vida
La paz apetecida?»
Y el dije: «¡Nunca más!»
«Por ese firmamento que airado truena ahora,
Dile á un alma que implora
En su amargo pesar,
Si allá en el paraíso verá á Leonora bella,
La radiante doncella.»
Y el dije: «¡Nunca más!»
«Ah! buitre, de mi pecho quita tu garra fiera,
Y vuelve adonde impera
La horrenda tempestad;
Quita del corazón, que aleva has traspado,
Tu pico ensangrentado!»
Y el dije: «¡Nunca más!»
Desde entonces los días volaron y los años,
Vinieron desencantos
Mi frente á doblegar;
Y del buitre imaginó mirar la sombra incierta
En mi mansión desierta,
Para siempre jamás!

TRAD. POR J. A. QUINTERO.

CUENTOS ORIGINALES

EL REY DEL MUNDO

El café de mi barrio es un establecimiento modesto, que vive gracias á los ingresos domingueros. Los días festivos, desde las siete de la tarde hasta las doce de la noche, no hay una mesa disponible ni una silla donde sentarse.

Empleados de poco sueldo, comerciantes modestos, horteras, artesanos y trabajadores á jornal, todos celebran la fiesta del domingo, y las que caen entre semana, llevando á sus familias al café. Por unos cuantos reales saborean lo que el cafetero califica de *aromático moka*, gozan de tertulia escogida (porque cada cual escoge lo que quiere) y se deleitan con los primores musicales que dos artistas, mal comprendidos, ejecutan en piano y violín, no siempre afinados y á tono. Hay, sin embargo, personas de pésimo gusto, y una de ellas, que los domingos no aportamos por el café, que pierde con la concurrencia y el bullicio el encanto de todos los días.

A diario es aquello un retiro sagrado, donde no llegan los ecos del *mundanal ruido*. Una media luz discreta, opalina, produce pensamientos de dulce melancolía. Turbar aquella calma es verdadera profanación. Si alguien osa hacerlo, ese no es de la casa, es un intruso, á quien recibimos con mirada fosca y adusta. Y el intruso siente un malestar incomprensible, está inquieto, á disgusto y acaba por tomar la puerta y no volver por el café. Hace bien.

Allí todos nos conocemos. Los camareros conocen nuestros gustos, nuestros caprichos, nuestros defectos. Toleramos al vecino sus rarezas, seguro de que él aguantará las nuestras. Todos somos amigos, caras conocidas.

En la mesa de junto al mostrador hace diez años que toma café D. Serafin. Un viejecillo setentón, con cara de Pascua, bigotes amarillentos por el humo del cigarro, ojillos azules y grandes ce-

jas, tiesas, blanquísimas. D. Serafin llega todas las noches en punto de las ocho, se sienta, saca un cigarro de 15 céntimos y lo enciende á fuerza de vigorosos chupetazos. Después compra *La Correspondencia*, y entre sorbo y sorbo de café, repasa la cuarta plana del diario nocturno.

Las esquelas mortuorias reclaman toda su atención; cada una de ellas hace escapar á D. Serafin un ¡qué escándalo! en voz clara y fuerte, que pone en cuidado á todos los concurrentes.

Junto al piano hay una tertulia contemporánea del morrión de Sagasta. La componen cinco individuos, que hablan á gritos, se convencen á interjecciones y argumentan dando puñadas sobre la mesa, donde bailotea el servicio, anunciando una próxima y sangrienta catástrofe. El camarero los odia pero los teme.

La política internacional está siempre sobre el tapete. Allí se ha discutido todo, desde el pacto de familia á la cuádruple alianza. La guerra del Transvaal consumió muchas y muy violentas sesiones. Cuatro de los contentuleros eran *boers*; el quinto, imperialista. La derrota y prisión de Methuen fué causa de una tremolina feroz y de que pasaran á mejor vida dos copas y una taza. Si no acaba la guerra, se queda sin vajilla el dueño del café. Ahora está sobre el tapete la cuestión de Macedonia.

A un lado de la puerta sienta sus reales el Senado, otra reunión de viejos. Es tranquilo; se disuelve á las diez en punto, y sólo se habla de tiempos pasados, del año treinta y tantos y de la degollina de los frailes. De aquella fecha parten todas nuestras desdichas, y si no viene una mano enérgica que nos meta en cintura, esto se lo llevará todo la trampa.

Un golpe de tos suele cortar al orador el resuello, y entonces pone punto al discurso con una pastilla, se sienta en la bufanda, se sube hasta los ojos el cuello del gabán y váse. El Senado levanta la sesión. Al otro lado de la puerta, y solo en una mesa, un hombre de unos cincuenta años, alto, enjuto, de cabellos grises cortados al rape, escribe con febril diligencia cartas y más cartas.

De vez en cuando levanta la cabeza y de sus ojos acerados parten fulgores febriles. El mozo, que es el mismo que á mí me sirve, le llama *Don Tostado*.

Todas las noche llega al café, pide al fosforero recado de escribir, y sacando del bolsillo un montón de pliegos en blanco, pónese á la tarea. A las doce de la noche se ha escrito ocho, diez, doce cartas, les pone los sobres, las mete en el bolsillo del gabán y á la calle. Así lleva muchos meses. No se le conocen amigos, ni compañeros de tertulia, ni se le han oído más palabras que una *café!*, cuando el mozo se le aproxima.

El personaje tiene mucho de interesante y extraño. Mi curiosidad excitada quedó sin satisfacer, á pesar de mis preguntas y preguntas. De *Don Tostado* nadie sabía nada.

Varias tentativas que hice para po-